



87

Carles Marcet

**IGNACIO DE LOYOLA
ACOMPAÑADO, ACOMPAÑANTE,
EN COMPAÑÍA**

IGNACIO DE LOYOLA ACOMPAÑADO, ACOMPAÑANTE, EN COMPAÑÍA

Carles Marcet

INTRODUCCIÓN	3
LOYOLA	5
MONTSERRAT	7
MANRESA	9
JERUSALÉN	13
TIEMPO DE ESTUDIOS	15
ÚLTIMA ETAPA: VENECIA Y ROMA	19
BALANCE	23
PARA REFLEXIONAR PERSONALMENTE Y COMPARTIR EN GRUPO	27
NOTAS	29

La versión reducida de este artículo ha sido publicada también en la *Revista Manresa*, vol. 90, nº 357.

Carles Marcet. Jesuita. Licenciado en teología. Ha sido durante años párroco en el barrio de Bellvitge (L'Hospitalet del Llobregat) y acompañante y divulgador de los Ejercicios en comunidades populares. Actualmente forma parte del equipo del Centro Internacional de Espiritualidad de la Cova de Manresa, donde coordina el «Curso de inmersión ignaciana» y el curso «Dos meses de reciclaje en teología». En esta colección ha publicado: *Ignacio de Loyola: un itinerario vital*, Eides nº 75; *Releyendo nuestras vidas*, Eides nº 80.

Edita: Cristianisme i Justícia - Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38 - E-mail: info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 24385-2018
ISBN: 978-84-9730-426-9 - ISSN: 2014-654X - ISSN (virtual): 2014-6558

Edición: Santi Torres Rocaginé - Corrección: Pilar de la Herrán
Maquetación: Pilar Rubio Tugas - Octubre 2018

Protección de datos: Los datos de los destinatarios de la presente comunicación provienen de los ficheros históricos de la Base de Datos General de Administración de la Fundació Lluís Espinal (Cristianisme i Justícia), y se incorporaron con el previo consentimiento de los interesados otorgado, o bien directamente o bien a partir de las relaciones jurídicas mantenidas con la fundación, tal y como se dispone en el artículo 6.2 de la LOPD y el artículo 21 de la LSSI. La finalidad de su conservación es mantener informados a nuestros suscriptores e interesados sobre sus servicios y las actividades que organiza y en las cuales participa. Su información no será cedida a nadie, pero sí que puede ser utilizada en plataformas externas a los sistemas de la fundación para facilitar el envío de los correos electrónicos. Puede completar esta información consultando el aviso legal publicado en la web <https://www.cristianismeijusticia.net/avis-legal>. Por lo que hace referencia a su información, en cualquier momento puede consultar, acceder, rectificar, cancelar, limitar su tratamiento, solicitar la portabilidad de los datos, prohibir las decisiones individuales automatizadas y oponerse, total o parcialmente, a que la Fundació Lluís Espinal conserve los datos, escribiendo al correo electrónico info@fespinal.com, o si lo prefiere, dirigiendo un escrito a la calle Roger de Llúria, n. 13, piso 1º, de Barcelona (08010).

INTRODUCCIÓN

El verbo “acompañar” permite varias lecturas y matices. Aquí nos vamos a centrar en el acompañamiento espiritual, muy bien definido por W. A. Barry y W. J. Connolly como «la ayuda que un cristiano da a otro para hacerle capaz de escuchar la comunicación de Dios, de crecer en familiaridad con este Dios y de traducir en vida las consecuencias de esta relación».¹

Intentaremos ver cómo eso es lo que Ignacio busca (necesita ser “acompañado”), ofrece (“acompaña”) y va realizando con otros (“en compañía”). En cuanto acompañado, veremos cómo Ignacio busca personas que puedan ayudarle a objetivar y poner nombre a lo que él va viviendo –que cada vez con mayor claridad será la experiencia de saberse acompañado por Dios– sin sustituir la necesaria búsqueda personal pero ayudando a orientarse en el camino. Eso es lo que Ignacio realizará en su actividad de acompañar: ayudar a identificar y nombrar lo que Dios mismo va operando en el interior de las personas. Y veremos cómo todo esto Ignacio lo va realizando cada vez más en compañía, junto con otras personas

cuyo testimonio también le ayudan a buscar la voluntad de Dios.

Nos ceñiremos simplemente al propio relato autobiográfico del peregrino el cual iremos resiguiendo desde la perspectiva indicada. Muchas otras fuentes podrían aportar importante información adicional sobre esta cuestión, pero abordarlas sobrepasaría los límites previstos para este cuaderno. Sí que haremos algunas referencias al texto de los Ejercicios Espirituales en cuanto que contienen sugerentes aportaciones sobre el modo de acompañar y de ser acompañado deseado por Ignacio.

Por último decir que las tres dimensiones que queremos abordar (acompañado, acompañante y en compañía) se

entremezclan a lo largo del relato del peregrino. Por eso hemos optado por no tratarlas por separado sino simple-

mente de ir las percibiendo siguiendo el hilo del relato del propio Ignacio en la Autobiografía.

Aquella bala de cañón que hirió severamente a Ignacio mientras batallaba defendiendo la fortaleza de Pamplona, sería el inicio de un cambio radical en la orientación de su vida.

Aquel hombre «dado a las vanidades del mundo»² se verá obligado a pasar un largo tiempo de convalecencia en su Loyola natal. Largas horas para repensar su pasado, presente y futuro: lo que significa la deshonra, la pérdida del honor y las luchas de poder ambiciosas con las que ha convivido, su personal deterioro físico que le pone ante sus ojos lo incierto de su futuro. Meses de soledad, sin nada especial que hacer o poder hacer, donde va a haber “espacio para el tiempo”, tiempo para considerar, ya no solamente lo exterior de su actividad, sino toda una actividad en su mundo interior, hasta el momento ignorada y desconocida. Sin una mínima actitud de apertura de acogida y receptividad interior es muy

difícil que acontezca algo del Espíritu.³ En tales situaciones, más que sucesos pueden aparecer acontecimientos. En este caso el gran acontecimiento es el lento despertar a una vida del Espíritu en su interior (espiritualidad) hasta el presente desconocida.

Ayudó además a que se produjera este acontecimiento el hecho de que no había en la casa los libros mundanos que tanto le gustaba leer: «le dieron una *Vita Christi* y un libro de la vida de los Santos en romance».⁴ Es así como empieza a plantearse un nuevo horizonte vital que, de momento, se concreta en el seguimiento de su nuevo Señor, Jesucristo, en peregrinación a Tierra Santa y en imitación de los santos. Creo que se puede decir que sus primeros

acompañantes en la vía del espíritu y del seguimiento de Señor Jesús son los “caballeros servidores” de este nuevo Rey descubierto: los santos. Estos actúan en él a modo de acicate y estímulo para orientar el cambio que se va produciendo en su interior y que se va configurando como “un cambio de Señor”: los santos sirven a un Señor al cual merece la pena servir, más que a los señores de este mundo. En este sentido, pues, acompañan y estimulan su nuevo proyecto vital; sienten deseos de imitarlos y superarlos; son acompañantes de esa nueva perspectiva vital que se anima a recorrer y con la que nunca había contado hasta el momento.⁵

Los santos, pues, van a ser “compañeros de camino” que van a ayudar a Ignacio a auscultar en su interior lo que le va provocando la lectura meditada de la *Vita Christi*. Una provocación que, en el fondo, le lleva a preguntarse quién es y quién está llamado a ser. Tarea que –como él mismo da a entender en su relato– no resultó nada fácil

dados los encontrados pensamientos, sentimientos e imágenes que se suscitaban en su interior. Pero de todo ello obtendrá una gran luz para cuando Ignacio tenga que acompañar a otros en la vía del Espíritu. Nótese como las dos primeras reglas de los Ejercicios para el discernimiento en primera semana [EE 314-315], pensadas para un estadio de vida purgativa como el que él empieza a vivir, reflejan lo que le pasaba en este momento: «A las personas que van de pecado mortal en pecado mortal acostumbra el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales [...] el buen espíritu usa contrario modo, punzándoles y remordiéndoles las conciencias. En las personas que van intensamente purgando sus pecados, y en el servicio de Dios nuestro Señor, de bien en mejor subiendo, [...] propio es del mal espíritu morder y tristar y poner impedimentos, inquietando con falsas razones [...] y propio del bueno dar ánimo y fuerzas».

El Ignacio converso que parte de Loyola está empezando a dar sus primeros pasos en la vida del Espíritu. Más o menos conscientemente, tendrá necesidad de ser guiado y acompañado para orientarse en esa vida que ahora inicia. La “metedura de pata” en el asunto que narra del moro que encuentra en el camino⁶ así lo atestigua: tan desorientado estaba aún en las cosas interiores que para discernir se deja acompañar y guiar por una mula. Él mismo lo reconoce en su relato: a pesar de los grandes deseos de servir a nuestro Señor, su alma aún estaba ciega.⁷

Este acompañamiento que necesita lo encontrará en Montserrat⁸ y, en concreto, en la persona del P. Chanon. Debió de ser este merecedor de la confianza de Ignacio, pues es «el primer hombre a quien descubrió su determinación».⁹ No es fácil descubrir a otro la propia interioridad; es el reconocimiento humilde de saberse necesitado de orientación. El monje pondrá en manos de Ignacio su sabiduría para ayudar a conducirlo en la vida del Espíritu (especialmente en sus primeros pasos) poniendo a su disposición el Breve Compendio con sus prácticas de oración y su trasfondo de la *devotio mo-*

derna.¹⁰ La confesión general es la primera práctica que el Breve Compendio aconseja para quien quiera iniciarse en la vida espiritual: «Lo primero que debe hacer el que se quiere ejercitar en la vida espiritual es que purgue su corazón de todo pecado mortal por la confesión, como se tiene por costumbre hacer en las Religiones, al principio de su conversión, los que entran a servir a Dios».¹¹ Será, por tanto, esta confesión general de su vida pasada, la que Ignacio preparará con esmero y realizará en su estancia de tres días en Montserrat, siempre bajo el acompañamiento del P. Chanon.

Sin duda, todo este acompañamiento recibido en Montserrat va a ayudar al peregrino a dar un poco de «modo y orden», de cauce para regular sus deseos de seguimiento y de servicio de Nuestro Señor, tan generosos como alocados, y de pautas y ejercicios concretos mediante los cuales cultivar su fervor interior.

Junto con los santos encontramos también la presencia acompañante de la Virgen María de quien, ya en Loyo-

la, había recibido una visitación de la cual «recibió consolación muy excesiva y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, especialmente de cosas de carne».¹² No es de extrañar que la busque como compañera de camino, deteniéndose largamente en los santuarios marianos que encuentra en la travesía (Arantzazu, Montserrat) confiando en su ayuda para esa nueva vida que estaba comenzando.¹³

Con este bagaje llega Ignacio a Manresa donde permanecerá casi un año. En una primera etapa mantiene el proyecto de la búsqueda de la santidad personal concebido en Loyola y mejor diseñado en Montserrat. El *Breve Compendio* pasaría a ser algo así como un acompañante para los ejercicios y prácticas espirituales, por más que, visto con la perspectiva que da el tiempo, reconoce que en este momento su estado interior era de «grande alegría» pero «sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales».¹⁴

Ignacio llevará un estilo de vida que tiende a lo eremítico (oraciones, ayunos, penitencias) por más que también incorporará “otras espirituales operaciones” como el servicio en el hospital y el inserirse y dejarse acompañar por la comunidad cristiana («oía cada día la misa mayor, y las vísperas y las completas»)¹⁵ Todo ello, sin embargo, vivido desde una clave espiritual de exterioridad e imitación que aún ha de ir madurando, y mucho, hacia una personalización e interiorización de la vida espiritual.

En este estadio de la vida espiritual todavía tan frágil comenzó a ser acusado, primero por un pensamiento re-

cio que le representaba «la dificultad de su vida», luego por la experiencia de «grandes variedades en su alma»¹⁶ y, por último, «por los muchos trabajos de escrúpulos».¹⁷ Así, pues, inicia una segunda etapa manresana en la cual experimenta una aún mayor necesidad de acompañamiento espiritual, no puramente para “contentar el ánimo” sino para proseguir adelante en el camino emprendido de servicio divino.

En la Autobiografía menciona explícitamente algunas de las personas con las que busca conversación espiritual. Le debió impactar de modo especial esa mujer «antigua en ser sierva de Dios y conocida por tal en muchas par-

tes de España». ¹⁸ Según el historiador Enrique García, ¹⁹ podría tratarse de la beata sor María de Santo Domingo, visionaria heredera de las ideas del fraile dominico Savonarola, que ejerció una notable influencia en el reformismo espiritual español del siglo XVI y que defendía, entre otras cosas, que no era necesario ser letrado para hablar de las cosas de Dios y para ayudar a los demás en la vía espiritual.

Menciona también Ignacio el acompañamiento de un «doctor de la Seo, hombre muy espiritual», ²⁰ con quien se confesaba y en quien buscaba remedio para sus escrúpulos. ²¹ No es de extrañar que en una situación interior tan turbulenta y novedosa, Ignacio subiera desde Manresa a Montserrat para conversar y dejarse acompañar por el P. Chanon. ²² Pero en este estadio, por más que «empezó a buscar algunos hombres espirituales», «ninguna cosa le ayudaba»; ²³ por más que acudía a sus acompañantes los santos, ²⁴ por más que era claro y transparente («a su confesor solía decir lo que hacía muy menudamente») y constante y tenaz en sus prácticas espirituales («no dejando de hacer los sálitos ejercicios» ²⁵), ninguna cosa le ayudaba.

Ignacio reconocerá que la salida de esta situación interna crítica, más que por cualquier acompañante espiritual, vendrá propiciada por «nuestro Señor que le había querido librar por su misericordia». ²⁶ Comienza así un cambio de rasante en el peregrinaje de Ignacio en referencia al tema que nos ocupa: «en este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño». ²⁷ Quien fundamentalmente acompañará a partir de ahora el camino espiritual de Ignacio será Dios mis-

mo descubierto en su interior. Lo que va experimentando y descubriendo le dice que no le queda más que rendirse y desarmarse del todo ante la cada vez más impetuosa irrupción de Dios que le desmonta del todo para volver a recomponerlo. Solo le queda dejar espacio a Dios; dejarle hacer, porque Él es el que enseña. A partir del dejar guiar a Dios empieza a descubrirse inundado de dones ²⁸ que le fortalecen y acompañan en su fragilidad, ¡precisamente cuando esta empieza a ser reconocida!

Sin duda que lo aquí vivido por la misericordia de su “nuevo acompañante”, le va a ayudar para poder acompañar a otros, especialmente en situaciones de desolación. ²⁹ De hecho veremos cómo a partir de este momento, aún en Manresa, Ignacio empieza a acompañar a otras personas, después de haber atravesado sus oscuridades y clarificado y aceptado sus propias sombras y de haberse experimentado amado incondicionalmente por Dios Padre precisamente en su ambigüedad reconocida (a saber, su yo idealizado cada vez más confrontado con el morboso recuerdo de sus pecados y limitaciones pasadas) y de haber experimentado ese amor como liberador y, por eso, como fuente de alegría inagotable. Una alegría que podemos describir como la acción del Espíritu de Dios que acompaña nuestro caminar más allá y más en el fondo que cualquier otro acompañante.

Cabe situar la culminación de esta convicción en la ilustración del Cardener cuya narración en su autobiografía viene precedida de una tajante –¡y peligrosa!– afirmación: «si no hubiese Escritura que nos enseñase esas cosas de la fe, él se determinaría morir por ellas, solamente por lo que ha visto». ³⁰ Lue-

go, tras intentar describir sobriamente lo que allí le aconteció, concluye que «recibió una grande claridad en el entendimiento, de manera que en todo el discurso de su vida [...] coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios [...] aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola».³¹ Percibe, pues, que Dios mismo le ha concedido la gracia de experimentar su Misterio, que se le ha querido comunicar inmediatamente. En adelante le sostendrá la convicción de que es Dios mismo quién le guía y acompaña. Convicción que expresará en sus Ejercicios afirmando que es propio de Dios «entrar, salir y hacer moción en el alma» [EE 330]³² y, por eso, el acompañante del proceso –necesario para facilitar un encuentro con la Gracia pero sobrante cuando esto se produce– debe consentir que «el mismo Creador y Señor se comunique a la su ánima (del ejercitante) devota» [EE 15]³³ y a quien es acompañado se le invita a «se acercar y allegar a su Criador y Señor, y cuanto más así se allega, más se dispone para recibir gracias y dones de la su divina y suma bondad» [EE 20].

Esta convicción ignaciana, expresada en categorías bíblicas la encontramos en San Juan: «la unción que habéis recibido del Espíritu permanece en vosotros y no necesitáis que nadie que os enseñe» (1Jn 2,27). Lo esencial es, pues, dejarse mover (enseñar, guiar y acompañar) por el Espíritu. Pero lo resultante de ello no será la arbitrariedad sino el discernimiento. Con la convicción interiorizada del «acompañamiento inmediato de Dios», fuente comunicativa descubierta en su más profundo interior, entramos en un te-

reno muy complejo y fronterizo que hará vivir al peregrino, a partir de este punto de su peregrinaje, en una difícil tensión: no renunciará a su experiencia personal (subjettiva), pero eso mismo no le cerrará sino que le abrirá a asumir las mediaciones eclesiales concretas (objetivas). El acompañamiento eclesial le ayudará a objetivar –e incluso a posibilitar– la experiencia personal intransferible, pero no la podrá sustituir.³⁴ Iremos viendo, pues, como la afirmación del «acompañamiento inmediato de Dios» no conduce al peregrino a hacer lo que le venga en gana sino a buscar confirmación en «realidades/situaciones acompañantes mediadas y mediadoras», para que la experiencia personal pueda ser validada, asumida, confirmada por la mediación/acompañamiento de la comunidad eclesial. En otras palabras: Ignacio estaba convencido de la necesidad de dejarse guiar en el camino del Espíritu, pero sabía que el contenido de esta guía o acompañamiento no era el de señalar la experiencia de Dios sino el de crear unas condiciones que la hagan posible.

Hemos visto cómo sobre todo a partir de la última etapa manresana, Ignacio empieza a acompañar en el Espíritu a otras personas, a conversar con ellas sobre las cosas de Dios. Él le llama: «ayudar a las almas». La experiencia de haber sido ayudado y guiado por Dios le lleva a ayudar guiando a otros hacia Dios. Es como un fruto de la transformación interior que va experimentando. A partir de este momento el «ayudar a las almas» (acompañar) es una constante que aparece y reaparece en su itinerario vital.³⁵ Y lo hace con una doble intención: ayudar al encuentro con el Dios cercano (portador

de una Buena Noticia) y ayudar a escuchar, entender y cumplir su voluntad. Esta doble intención quedará ya expresada en la primera anotación del libro de los Ejercicios donde presenta lo que se pretende: se trata de ayudar a «preparar y disponer el ánima» para ese encuentro, quitando las afecciones desordenadas que lo estorban, para también «hallar la voluntad divina en la disposición de su vida».³⁶ La misma intuición quedará expresada mucho después en la manera como Ignacio concluirá muchas de sus cartas: «ceso rogando a la Santísima Trinidad por la su infinita y suma bondad nos dé gracia cumplida, para que su santísima voluntad sintamos, y aquélla enteramente la cumplamos».

Lo que el Señor le ha dado a vivir y experimentar en Manresa suponen un acompañamiento y un aprendizaje espiritual de gran calado que ayudarán a Ignacio a poder acompañar a otros en el camino del Espíritu y ayudarles a comprender la acción de Dios en ellos. Creo que esto queda muy claro en la carta —escrita en 1536, desde Venecia— antes citada de Ignacio a sor Teresa

Rejadell, aquejada de tentaciones y escrúpulos donde, en el fondo, viene a narrarle lo que él mismo ha vivido en Manresa y lo que el Señor le ha mostrado. Ahora se dispone a acompañar a otros del mismo modo que Dios le ha acompañado. Así, le dice: «el curso general que el enemigo tiene con los que quieren y comienzan a servir a Dios es poner impedimentos y obstáculos [...] es a saber: ¿cómo has de vivir toda tu vida en tanta penitencia, sin gozar de parientes, amigos, posesiones, y en vida tan solitaria?».³⁷ «Si a una persona halla de conciencia delgada (el enemigo) [...] procura entorpecer aquella conciencia tan buena, haciendo pecado donde no es pecado, y poniendo defecto donde hay perfección, a fin que nos pueda desbaratar y afligir».³⁸ «Nuestro antiguo enemigo poniéndonos todos inconvenientes posibles por desviarnos de lo comenzado, tanto nos veja [...] poniéndonos muchas veces tristeza sin saber nosotros por qué estamos tristes, ni podemos orar con alguna devoción, contemplar ni aún hablar, ni oír de cosas de Dios con sabor o gusto interno».³⁹

Ignacio parte de Manresa con esa fuente interior que inesperadamente le ha salido al encuentro, y lo acompaña. Con todo, la meta de su peregrinaje sigue siendo cosa exclusivamente suya: Jerusalén,⁴⁰ la tierra de su Señor Jesucristo. Por más que se le ofrecieron compañías para el camino, «toda su cosa era tener a solo Dios por refugio»⁴¹ y «partido de Barcelona, perdió totalmente esta ansia de buscar personas espirituales».⁴² Se fía y se quiere fiar de su acompañante interior que es solo Dios; no quiere otras seguridades en las que poner la confianza: dineros, otras personas, etc.⁴³

Mencionamos telegráficamente tres cosas significativas de este viaje con relación al tema que nos ocupa. Primera, la constante y confortante presencia viva de Jesucristo acompañando sus peripecias.⁴⁴ Segunda, el aprovechamiento de las situaciones que le posibilitan ayudar a las almas conversando las cosas de Dios.⁴⁵ Tercero, su disposición a ser ayudado/acompañado por otros cuando debe discernir alguna decisión que no acaba de ver clara: en situaciones donde no percibe con claridad, donde acosa la perplejidad, donde las cosas se tuercen, se deja acompañar. Tal es el caso del conflicto interior que siente

entre la necesidad de embarcarse con algún bizcocho de mantenimiento, porque de lo contrario no le dejan embarcar, y la impresión de que de ser así no pone toda su confianza en Dios. No viéndolo claro, dirime el asunto dejándose acompañar por un confesor.⁴⁶ Del mismo modo, buscará ayuda sobre el modo de proceder cuando intuye que no puede quedarse en Tierra Santa. La orden de los franciscanos la percibe y asume como “voluntad de Dios” (¡de ningún modo quiere desobedecer y quedar excomulgado, por más que su deseo fuera el de quedarse desobedeciendo!). Las mediaciones y, en con-

creto la eclesial, no son desdeñables ni entran en contradicción directa con su dejarse acompañar por Dios, sino

que son leídas como el modo que el mismo Dios tiene de expresar su voluntad.⁴⁷

El acompañamiento de Dios ha sido claro para él: «entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén». Perplejo y pensando qué hacer, con la intuición clara de acompañar a otros («ayudar a las almas») se decide a ponerse a estudiar.⁴⁸ Como en situaciones anteriores en las que cabe buscar y discernir, piensa en dejarse acompañar por alguna persona de «altura espiritual» que merezca su confianza. En concreto piensa en el prior del monasterio de San Pablo en Manresa como persona que podría acompañarle en los estudios que quiere iniciar y también en la vida espiritual. Si hubiera estado vivo posiblemente se hubiera quedado en Manresa, pero al encontrar que ya ha muerto se determina a estudiar en Barcelona.⁴⁹

Sabemos de este momento que Ignacio desarrolló ampliamente su ideal de acompañar a diversas personas en su empeño de ayudarlas a experimentar el encuentro con Dios, proponiéndoles los ejercicios que, poco a poco, iba confeccionando, así como, en esta misma línea, la reforma de algunos monasterios femeninos de la ciudad. Sabemos igualmente que Ignacio sigue buscando acompañamiento, sobre todo cuando percibe amenazantes tentaciones –que aparecen “bajo capa de bien”– que pueden desviarle del querer de Dios, a fin de ser ayudado en oponer

resistencia al enemigo. Es significativa la tentación de dejarse llevar por el gusto a la oración cuando lo que se propone –que es estudiar– le resulta más arduo. En cuanto vino a reconocerla como tentación, aplicó lo que más adelante formularía en los Ejercicios:⁵⁰ plantarle cara, ponerla al descubierto y hacer lo diametralmente opuesto a lo que propone. Todo eso ayudándose del acompañamiento, en este caso del maestro Ardévól a quien «le declara todo lo que pasaba por su alma».⁵¹

También en este período podemos situar el inicio de otra de las dimensio-

nes subrayadas en este artículo: Ignacio en compañía. A pesar de que muchos de sus biógrafos acentúan el carácter introspectivo de la personalidad de Ignacio, lo cierto es que allá por donde pasa entabla relaciones, amistades, convoca y provoca, crea comunidad. Ya desde Barcelona algunos le siguen y acompañan seducidos por su vida y su proyecto espiritual de ayudar a las almas.

Proseguirá sus estudios en Alcalá y Salamanca donde su modo de proceder, junto a sus cuatro primeros compañeros de Barcelona, será motivo de sorpresas, sospechas, pesquisas inquisitoriales y persecuciones. Efectivamente en Alcalá puso en práctica aquello que tenía claro: acompañar⁵² a personas a gustar de las cosas del Espíritu, a vencer tentaciones, quitar impedimentos para ese gustar, etc. Posiblemente proponía unos Ejercicios acomodados y adaptados en la línea de la anotación 18 del libro de los Ejercicios.⁵³ Su modo de acompañar y de proponer las cosas de Dios tuvo convocatoria pero también levantó sospechas que llegaron a oídos de la Inquisición. Al no tener estudios y acompañar a otros y «hablar de las cosas de Dios», lo confundieron con un alumbrado.⁵⁴ Por más que en algunos rasgos Ignacio daba pie a esas sospechas (no deja de llamar la atención un peregrino de cierta edad, estudiante, vestido de sayal, acompañado de cuatro muchachos jóvenes, alojado en un hospital, capaz de conversar con gran concurso sobre cuestiones espirituales, etc.) más adelante él mismo confesará en relación a «cismáticos luteranos o iluminados» «no haberlos conversado ni conocido».⁵⁵

En Salamanca volverán a aparecer los mismos conflictos y persecuciones.

Aquí es ilustrador el diálogo que mantiene Ignacio con sus acusadores, los frailes dominicos, respecto a su modo de acompañar.⁵⁶ Este no consiste tanto en predicar cuanto en conversar familiarmente sobre las cosas de Dios. Ignacio no era un gran predicador pero sí un buen conversador: capaz de escuchar con profundidad, de decir pocas palabras, las justas y las oportunas, las que abren caminos de crecimiento en sus interlocutores. Diríamos que su estilo de conversar y acompañar es “discretamente cercano”, ni invasor ni frío, no dado a la charlatanería vana pero muy proclive a ayudar a “gustar y sentir”.⁵⁷

Afirma, además que estas conversaciones giran a menudo sobre el tema de las virtudes y los vicios, del pecado mortal y pecado venial, tal y como venía escrito en «todos sus papeles que eran los Ejercicios».⁵⁸ Nótese que en estos, a diferencia de la preocupación de los dominicos, la cuestión del pecado no se aborda desde una perspectiva “moral” sino “espiritual”; se trata de ayudar a descubrir aquello que daña venial o mortalmente la vida y la voluntad de Dios en uno. Se necesita “finura de acompañante” para plantear estas cuestiones en el terreno de la espiritualidad (cosa no tan necesaria si se hace solo desde la perspectiva moral). En cambio no son tan necesarios los estudios para ello (basta haber experimentado y reflexionado sobre lo que ha pasado). Plantea, pues, una clave diferente a la de los dominicos. En sus conversaciones espirituales y oferta de ejercicios, la cuestión central no son las enseñanzas teológicas ni las exhortaciones morales, sino el acompañamiento mistagógico que va ayudando

a quien se ejercita a irse introduciendo en el Misterio cercano y entrañable de Dios. Un introducirse que pide, más que escuchar charlas, ejercitarse activamente para irse haciendo dócil a la Palabra que a uno le llega. Y es que la meta de este acompañamiento no es tanto una “recta ortodoxia” cuanto una “sana ortopraxis”. Lo que se ofrece no es tanto un recetario para “venir en perfección” cuanto unas pistas que ayuden a quien se ejercita a darse cuenta e interpretar la música del Espíritu que suena en su interior y a dejarse movilizar por ella. Tenían razón los dominicos de Salamanca al aseverar que de estas cosas –no teniendo letras– solo se puede hablar por el Espíritu Santo. Pero en aquel contexto Ignacio no lo podía corroborar, supuesta la trampa que le tendían.

De todos estos procesos cabe destacar, por un lado, la cada vez más firme convicción de Ignacio de que es Dios quien le acompaña y a él debe obedecer en eso que descubre su voluntad y que denomina “ayudar” a las almas y acompañarlas, a raíz de su experiencia vital. Eso es irrenunciable. A su vez, no deseaba que eso derivara en una ruptura con la mediación eclesial. De ahí que soporte cárceles hasta que las cosas se clarifiquen, pues sabe de quién se ha fiado,⁵⁹ y que busque nuevos caminos por donde poder ayudar a las almas (obedecer a Dios) y donde realmente poder estudiar pues la situación lo va “imponiendo” (obedecer a la realidad).

Así nos encontramos con Ignacio en París donde podrá estudiar seriamente durante siete años. Ello no quita que mantenga su empeño de acompañar proponiendo personalmente

los Ejercicios;⁶⁰ un acompañamiento que provoca transformaciones importantes en las personas acompañadas, y que a él le acarrea de nuevo ciertos problemas. Como expresa el propio Ignacio, cuando no se dedica a acompañar no hay conflictos ni persecuciones; estas aparecen al constatar los cambios que se producen en las personas cuando hay acompañamiento.⁶¹ Igualmente propondrá los Ejercicios personalizados a los primeros compañeros de estudio y de habitación.⁶² En estos casos se trata ya de Ejercicios para ayudar a encontrar la voluntad de Dios y, por tanto, de elección.⁶³

En París merece la pena subrayar la figura de un Ignacio compañero, en compañía. Efectivamente, Ignacio generará un grupo de amigos y compañeros que, poco a poco, irán forjando un proyecto de vida común, en compañía. A base de compartir habitación, maestro, ritmo académico, contexto universitario, de mantener conversaciones sobre cosas cada vez más interiores, se va construyendo una amistad solidaria (descanso juntos, compartir comida y bolsa económica, acompañarse para darse apoyo y ánimos, ayudarse también en lo temporal) y, de un modo especial, a raíz de haber sido acompañados por Ignacio en la experiencia de los Ejercicios, va apareciendo un proyecto de vida en común. Como expresaría posteriormente el P. Ribadeneira: «Habiendo experimentado la amistad que les regalaba el Señor y que los había entrelazado a todos en una sorprendente comunión, aprendieron un singular modo de proceder».⁶⁴

Ignacio habrá sido el acompañante personal en el crecimiento espiritual de los miembros del grupo, también se

habrá dejado acompañar por ellos ante situaciones dudosas, pero cada vez más era también un compañero del grupo reconocido, eso sí, como instrumento y fundamento de su unión y de su vocación. Un grupo que cada vez era más consciente de que el único acompañante de todos ellos era Dios Nuestro Señor y que todos ellos eran compañeros –“compañía” “de Jesús”, no de Ignacio, dirán más adelante– de proyecto y de misión. Como indica Maurice Giuliani, «convertidos en compañeros de Jesús, entran en el círculo de ese amor eterno por el cual el Padre da a su Hijo todo lo que Él es y por el cual el Hijo entrega al Padre todo lo que Él recibe. Crear la comunidad de amor en una indisoluble compañía es dejarse conducir y llevar por un movimiento en el que la fuente y el término están sólo en Dios... Así pues, en el amor de los compañeros se manifiesta el Amor recíproco del Padre y del Hijo; en su ideal apostólico se manifiesta el designio de la Trinidad que quiere salvar al mundo».⁶⁵

El proyecto del grupo quedará expresado en los votos que realizarán los compañeros en agosto de 1534 en la capilla de Montmartre.⁶⁶ Para la

cuestión que nos ocupa cabe resaltar que se trata, en primer lugar, de unos votos “en compañía”, formulados por cada uno y a la vez por todos en común.⁶⁷ En segundo lugar, se desprende del voto, la intención fundamental de “acompañar”: iban a gastar su vida en provecho de las ánimas. En tercer lugar, sabiéndose acompañados: su deseo es vivir centrados en Jesucristo (de ahí el voto de ir a Jerusalén), pero su deseo también –caso que lo primero no fuera posible– era el de ponerse en manos del Vicario de Cristo (dejándose acompañar por él) para que los emplease «donde considerase que fuese mayor gloria de Dios y provecho de las almas».⁶⁸ La experiencia espiritual de Ignacio de ser acompañado por Dios se dilata: adquiere una dimensión grupal (“acompañar en compañía”) y eclesial (“acompañar acompañados en la Iglesia”).

El compromiso va a ser radical y firme. Un signo lo atestigua: Ignacio tendrá que partir anticipadamente a su tierra natal por cuestiones de salud, pero los compañeros se convocan al cabo de año y medio en Venecia. ¡Y todos acuden!

Tras una breve estancia en Azpeitia, Ignacio pasará un año en Venecia a la espera del reencuentro con sus compañeros, que llegarán en enero de 1537. A lo largo de este año aprovechará para seguir estudiando por libre, acompañar espiritualmente a personas y, de un modo más concreto, proponiéndoles los Ejercicios, que cada vez tiene más completos y ordenados en virtud de la experiencia vital acumulada.⁶⁹

En el año que transcurre a la espera de poder embarcarse hacia Jerusalén, el grupo expresa su vivir en compañía unos con otros, ejercitándose en el proyecto vital y apostólico diseñado en Montmartre. Descienden del terreno de los estudios y disputas teológicas parisinas al del acompañamiento y ayuda concreta a las almas, ya sea ofreciendo los Ejercicios, ya sea sirviéndoles en los hospitales. Y se saben acompañados por Aquel que les ha juntado y que ha pasado a ser la referencia y el norte de su existir, Aquel de quien van tomando nombre: somos compañeros de Jesús. Ignacio, por su parte, se siente en este tiempo especialmente visitado, consolado y acompañado espiritualmente por el Señor.⁷⁰ Un acompaña-

miento que va conduciendo a unas determinaciones concretas a través de las mociones y noticias internas de Dios («tuvo muchas y casi ordinarias consolaciones»)⁷¹ y de los acontecimientos externos («aquel año no partió ninguna nave hacia Jerusalén»)⁷²

Así el acompañamiento de Dios va conduciendo a Ignacio con sus compañeros (en compañía) a ejercer el “oficio” de ayudar a las almas (acompañar) dejándose guiar por el Vicario de Cristo en Roma. Esto es lo que acaba por confirmársele a Ignacio en la célebre experiencia de la Storta, ya muy cerca de Roma. El P. Láinez, testigo de esta experiencia, la narra con más detalle, avalado por el propio Ignacio.⁷³ La voz internamente sentida de Dios que

acompaña manifestándose dice: «os seré propicio en Roma». No solo a Ignacio, sino a todos los compañeros. Se confirma así el peregrinaje en compañía y en el marco del acompañamiento eclesial (Roma). En segundo lugar Ignacio siente internamente que «Dios Padre le pone con el Hijo». Láinez añade que el Hijo «carga con la cruz» y que la voz sentida le dice a Ignacio: «quiero que nos sirvas». Se trata, pues, de seguir al Hijo que carga con la cruz, verdadero y fundamental acompañante de peregrinaje, Señor y Siervo, sirviéndole en el mundo, esto es, ayudando y acompañando a las almas a encontrarse con Él en lo íntimo de su ser y de la realidad toda. En otras palabras: compañeros del Señor Jesús en Iglesia y acompañados en Iglesia por el Señor Jesús para servirle ayudando y acompañando a las almas hacia Él. De esto se trata.

El peregrinaje exterior de Ignacio acaba en Roma. Allí vivirá diecisiete años. De esto prácticamente nada se nos dice en el relato del peregrino, apenas unas noticias escuetas. Tampoco aquí, por tanto, nos alargaremos al respecto. Simplemente unas breves puntualizaciones que vienen a confirmar lo hasta aquí consignado:

a) No dice nada Ignacio en la Autobiografía sobre las deliberaciones que tuvieron los primeros compañeros en 1539,⁷⁴ cuando veían que su ponerse a disposición del Papa para ser enviados donde fuera más necesario a mayor gloria de Dios y en provecho de las almas, pronto iba a significar la dispersión del grupo. Amén de la decisión final de formar Congregación religiosa con voto de obediencia a uno de ellos, es significativo para el tema que nos ocupa,

primero su deseo de buscar la voluntad de Dios y, para ello, «arrojar en el Señor todos nuestros proyectos, poniendo nuestra esperanza en Él»: Él es quien guía y acompaña. Él es también quien ha juntado al grupo en compañía y, por tanto, ven con claridad que han de proseguir como cuerpo: «no deberíamos romper la unión y congregación hecha por Dios, sino mas bien confirmarla y asegurarla cada día más, teniendo cuidado y comprensión unos de otros», y todo ello «para mayor fruto de las almas», esto es, para cuidarlas y acompañarlas de mil maneras posibles.⁷⁵

b) Por lo que respecta a la persona de Ignacio, simplemente destacar que en medio de sus múltiples ocupaciones ayudando a las almas (impartiendo ejercicios, en la creación de “obras sociales” como la casa de Santa Marta para las prostitutas, acompañando vocaciones que querían unirse a la Compañía, dando catequesis a los niños, empezando a redactar las Constituciones, etc.), como él mismo dice, iba «siempre creciendo en devoción, es decir, en facilidad de hallar a Dios... tenía muchas visiones, sobre todo aquellas de ver a Cristo como sol...».⁷⁶ Un Ignacio arraigado en roca firme y acompañado por una fuente viva, en medio de las múltiples tareas apostólicas de acompañamiento cuyo fin común era acercar a las personas a esa Roca y a esa Fuente. Y eso no obstará para que en momentos de duda o perplejidad, busque mediadores (acompañantes) que le ayuden a discernir la voluntad de Dios. Por citar un caso, es significativa su empeñada renuncia a asumir ser nombrado Superior General de la Compañía por sus propios compañeros. Todos votaron a Ignacio para

este cargo. Él no lo vio claro y acudió a su confesor —el franciscano Teodosio de Lodi— para confirmar que el asunto fuese querer de Dios.

c) Por último, simplemente mencionar la importancia asignada por Ignacio a la correspondencia entre un grupo de compañeros cada vez mayor y cada vez más repartido por el ancho mundo. Ignacio lo veía como un medio necesario para mantener el vínculo afectivo («amigos en el Señor») de compañeros (saber unos de otros)

y para ir compartiendo cómo se va desempeñando la misión en diversos lugares. Instrumento útil para mantener la comunión en la misión, para saberse misionando en compañía. Así lo expresa Francisco Javier, uno de los primeros compañeros, desde la India: «[Vuestras cartas] las leo tan a menudo que me parece que estoy allá donde vosotros estáis, o que vosotros, muy queridos hermanos, estáis aquí donde yo estoy, si no corporalmente al menos en espíritu».⁷⁷

Rescatando algunos elementos conductores del itinerario realizado con Ignacio, el peregrino, destacaríamos a modo de balance final lo siguiente:

a) Por más que a menudo se haya subrayado la imagen de un Ignacio como un peregrino que –por tomar el título del conocido libro de I. Tellechea– anda «solo y a pie» rehuendo ser reconocido (solo partió de Loyola a Navarrete, marcha de Montserrat para no ser conocido; a Barcelona no quiso ir sino solo; a Jerusalén no quería que nadie le acompañara para poner su confianza solo en Dios; parte solo hacia París y luego de París a Azpeitia tomando el camino más solitario buscando no ser reconocido, se embarca solo hacia Génova y de allí solo hacia Venecia...), Ignacio no es ni un autosuficiente, ni un huraño, ni un introvertido. El camino recorrido nos ha mostrado cómo, ya desde los inicios de su peregrinaje, Ignacio busca –porque siente necesitarlo– acompañamiento espiritual, luego es encontrado por el Acompañante por

autonomasia a quien se allega cada vez con mayor intensidad y profundidad, y que le va conduciendo a acompañar a otros en su propio peregrinaje interior hacia la Fuente y a hacerlo cada vez más con otros, en compañía que será apostólica y misionera.

b) En un momento clave de su itinerario (ilustración del Cardoner) su experiencia personal es la de la auto-comunicación inmediata de Dios sin mediadores. Cada vez más los “acompañantes”, sin desaparecer del todo, irán cediendo terreno al Acompañante o fuente de todo otro acompañamiento. Pero esta experiencia no es un punto de llegada sino más bien un punto de partida: le conduce a buscar y perseguir la voluntad de Dios, dando a conocer su experiencia personal (“ayudar a las almas”), en el mundo, en lo concreto de la realidad, entre las mediaciones;

conduce a “beber el cáliz de la realidad”. Buscando a Dios se halla acompañando al mundo y en el mundo se encuentra remitido a la búsqueda del acompañamiento de Dios para acompañar a otros hacia Él.

¿Es posible vivir desde este único acompañamiento de Dios, sin ninguna otra mediación? Diríamos que sí, pero considerando que este acompañamiento de Dios tiene un nombre –Espíritu–, y que el acompañamiento del Espíritu pide siempre ser discernido, se requieren, por tanto, mediaciones para percibirlo en toda su hondura. Ignacio así lo creía y vivía. La inmediatez del acompañamiento de Dios no implicaba un rechazo de la mediación del acompañamiento eclesial. Simplemente implicaba reconocer a la Iglesia como esa mediación llamada a retirarse cuando Dios aparece, porque ni Dios ni su Espíritu son propiedad de la Iglesia.⁷⁸

c) Todo esto personalmente vivido, Ignacio lo deja traslucir en la manera que tiene de acompañar a otros, en esa mistagogía que son los *Ejercicios*. Entre otras cosas le pedirá a quien acompaña a otros en *Ejercicios*, ofrecer los puntos con «breve y sumaria declaración» porque de lo que se trata es de que el ejercitante pueda llegar a «sentir y gustar internamente» [EE 2], intervenir, eso sí, cuando perciba que ese “sentir” o esas mociones no se producen [EE 6], o ser informado cuando se producen ya que así podrá colaborar y ayudar proponiendo algunos espirituales ejercicios convenientes [EE 17], «no mover» más a un estado de vida que a otro, porque eso le toca a Dios y se debe dejar «inmediate obrar al Criador con la criatura y a la criatura con su Criador y Señor» [cfr. EE 15].

En definitiva, la tarea del acompañante en los *Ejercicios* será la de facilitar la experiencia inmediata de Dios con el ejercitante, dando “modo y orden” para ayudar a «conocer internamente».

Pero en el camino mistagógico de los *Ejercicios*, el encuentro inmediato con Dios pide ser discernido y/o mediado (por el que acompaña, por Jesús Palabra, por la Iglesia...). En este sentido pueden ubicarse las Reglas para sentir en la Iglesia situadas al final del proceso: el máximo de experiencia personal desemboca en un máximo de comunión eclesial; esta garantizará la verdad de aquella. Sin la verificación comunitaria o exterior la experiencia personal puede degenerar en múltiples engaños como el del orgullo y la autosuficiencia.

En cualquier caso, el proceso del método, sabia y discretamente acompañado, va conduciendo a una elección que, en el fondo, más que escoger es acoger: acoger la vida en comunión que Dios nos ofrece; acoger su acompañamiento fontal.⁷⁹

d) A lo largo de nuestro recorrido también ha ido despuntando el porqué y para qué Ignacio acompaña a otros. Creo que ha quedado claro que el punto de partida es su personal encuentro con Dios. Ignacio acompaña a otros para que puedan vivir esa misma experiencia de encuentro con Dios en sus vidas. En el fondo eso es en buena medida lo que entiende por “ayudar a las almas”. Pero además, Ignacio acompaña para ayudar a buscar y a encontrar la voluntad de ese Dios que ha salido al encuentro, a descifrar lo que ese encuentro implica para la propia vida, tanto en lo que se refiere a su direccionalidad u orientación, como en lo que

se refiere a las necesarias concreciones que piden un discernimiento a lo largo de la travesía. Hay, por tanto, en su acompañamiento un doble deseo interconectado: la vida en comunión con Dios que se realiza inevitablemente en el ejercicio de la propia misión siempre discernida en cumplimiento de su voluntad.⁸⁰ Hemos visto además como ese acompañamiento de Ignacio genera con algunas personas el vivir esa comunión y esa misión “en compañía”, como cuerpo, en amistad.

e) Para acabar, tal vez pueda ayudarnos acudir a la sintética determinación ignaciana expresada en la célebre frase de «buscar y hallar a Dios en todas las cosas». Ignacio empieza su andadura «buscando» a Aquel que, en el fondo, lo busca primero. Torpe aún en esas lides de la interioridad y de la

vida del Espíritu, necesitará y buscará acompañantes que lo ayuden y orienten en lo que le va sucediendo por dentro. A base de buscar «hallará», mejor dicho, será hallado por Aquél que ya sin dudar ni poder dudar de ello será su Acompañante Fontal y ante el cual los otros acompañamientos se resitúan. Pero esto no será el final del camino sino el inicio de una nueva vida «a la escucha del Acompañante» que le remite a «todas las cosas», esto es, a la realidad siempre ambigua donde se hará necesario –sirviéndose de mediaciones acompañantes– seguir buscando y hallando la voluntad de Dios en el ejercicio práctico de ayudar a las almas y acompañar a las personas hacia su encuentro. Ese proceso, además, acabará conllevando en él una búsqueda con otros, en comunión, en compañía.

PARA REFLEXIONAR PERSONALMENTE Y COMPARTIR EN GRUPO

Las tres dimensiones que han guiado nuestro cuaderno, acompañar, ser acompañado y en compañía, son bastante nucleares en el proceso de la maduración de nuestra fe, de la peregrinación de nuestra esperanza y del fortalecimiento de nuestro amor. Son, por tanto, dimensiones a tener presentes y a cultivar, no solo personalmente, sino también en los grupos y comunidades eclesiales de los que formamos parte.

Tal vez las siguientes cuestiones puedan ayudar a que nuestros grupos y comunidades –y a nosotros en ellos– progreseemos con el peregrino Ignacio en la búsqueda y realización de la voluntad de Dios.

a) A veces nos encontramos con comunidades muy volcadas hacia fuera, hacia la misión, pero muy poco “cuidadosas” hacia dentro y con muy poca capacidad real para cuidar de sus miembros, para saber de sus luchas internas, de sus procesos espirituales, de sus alegrías, tristezas, esperanzas y vacilaciones. ¿Cuál es tu experiencia en tu comunidad de sentirse y saberte cuidado por los demás y de cuidarlos? ¿Cuál es el nivel de comunicación es-

piritual en la comunidad, de franqueza en las relaciones, de disponibilidad a corregir o animar y a ser corregido o animado? ¿Cuál es la conciencia comunitaria de vivir y celebrar la fe con otros, en compañía, fortaleciéndose y apuntalándose unos a otros? ¿Se conjugan en la comunidad el verbo “cuidar”?

b) Otras veces las comunidades con que nos encontramos adolecen de lo contrario. Son comunidades “estufa”, cerradas y replegadas sobre sí mismas, pero muy poco misioneras, muy poco predispuestas a acompañar a otros de fuera de la comunidad –en el ámbito del trabajo, del servicio apostólico, de la familia, del voluntariado, de la rela-

ción vecinal...— de mil maneras posibles. Son comunidades que olvidan su dimensión de “ayudar a las almas”, de acompañar, ya sea asumiendo una misión colectiva o acompañando y ayudando a discernir las diversas misiones de sus miembros. ¿Cómo os acompañáis unos a otros de cara al ejercicio y concreción de la misión? ¿Cuáles son vuestras maneras de “ayudar a las almas”? ¿Ejercitáis algún tipo de discernimiento de cara a cualificar esa ayuda? ¿La misión, forma parte de vuestro proyecto comunitario?

c) Por último, conviene recordar que el vigor —tanto interno como externo— de una comunidad, depende en

buen medida de la calidad de vida espiritual de sus miembros, de la capacidad de cada uno de ellos de dejarse acompañar, iluminar y guiar por el Dios que nos habita, de saberse peregrinando por Él, con Él y en Él, y de saber confrontar lo que Él va inspirando con la mirada y ayuda de los demás. ¿Tienes la personal experiencia de saber acompañar por Dios? ¿Conversas en lo interior con Él a propósito de lo exterior de la vida (acontecimientos, situaciones, encuentros, trabajos...) ¿Vas tomando nota de las mociones que se producen en tu interior? ¿Las compartes y confrontas con una comunidad o persona acompañante?

1. BARRY, W.A., CONNOLLY, W.J. (2011). *La práctica de la dirección espiritual*. Salamanca: Sal Terrae.
2. *Autobiografía*, 1.
3. En los Ejercicios Ignacio recomendará a quien los hace, retirarse, dar espacio al tiempo y tiempo al espacio interior, «apartarse de amigos y conocidos», ya que solo así puede acontecer algo: «se acercar y allegar a su Criador y Señor» y así «más se dispone para recibir gracias y dones de la su divina y suma bondad» [EE 20].
4. *Autobiografía*, 5.
5. Es interesante ver como esta presencia acompañante de los santos quedará recogida en algunos momentos importantes del proceso de los Ejercicios: la oblación al final del ejercicio del Rey se realiza ante la Virgen, los santos y la corte celestial [EE 98]; la composición de lugar del ejercicio de la Contemplación para alcanzar amor también se realizará ante «los santos interpelantes por mí» [EE 232]. Con todo, ha habido una evolución: ahora los santos ya no son competidores a quienes emular en el servicio divino sino intercesores en quien inspirarse y ayudarse para dicho servicio.
6. *Autobiografía*, 15.
7. *Autobiografía*, 14.
8. Monasterio benedictino que en este momento vivía un período de auge y reforma espiritual, en la línea de la *devotio moderna*, plasmado en la obra del abad Cisneros –*El ejercitatorio de la vida espiritual* (1500)– que acompañaba la formación y vida de los 50 monjes del monasterio, y que contiene una recopilación ordenada de textos selectos de la espiritualidad antigua y medieval.
9. *Autobiografía*, 17.
10. El *Breve compendio* es un resumen de lo más nuclear, adaptado para peregrinos y visitantes del monasterio, del “Ejercitatorio”. Para ver la influencia de este escrito en Ignacio resulta muy útil el libro de MELLONI, Xavier (2001), *La mistagogía de los Ejercicios*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae.
11. Cf. MELLONI (2001). *Op. cit.* p. 35, nota 20.
12. *Autobiografía*, 10.
13. Cfr. *Autobiografía*, 17. Ayuda de intercesión que posteriormente también quedará bien recogida en los Ejercicios (cfr. nº 98, 109, 147).
14. *Autobiografía*, 20.
15. *Autobiografía*, 20.
16. *Autobiografía*, 21.
17. *Autobiografía*, 22.
18. *Autobiografía*, 21.
19. GARCÍA HERNÁN, Enrique (2013). *Ignacio de Loyola*. Madrid: Taurus. El autor no trata con excesiva finura y delicadeza la figura de Ignacio, pero ofrece una amplia información de su contexto histórico muy bien documentada.
20. *Autobiografía*, 22.
21. GARCÍA HERNÁN (2013), *op. cit.* Menciona también como confesor de Ignacio en este momento al fraile dominico Galcerán Perelló.
22. Así lo considera, por ejemplo, el P. Leturia en sus *Estudios Ignacianos*, vol I: «Estudios biográficos», pp. 113-178. Roma: Institutum Historicum S.I., 1957. También lo testifican algunos monjes de Montserrat en sus relaciones incluidas en el proceso de canonización de Ignacio. Para este asunto puede consultarse ALBAREDA, Anselm Maria (1935). *Sant Ignasi a Montserrat*. Montserrat: Publicacions de l'Abadía de Montserrat.
23. *Autobiografía*, 22.
24. *Autobiografía*, 24.
25. *Autobiografía*, 25.
26. *Autobiografía*, 25.
27. *Autobiografía*, 27.
28. Cfr. *Autobiografía*, 28-30.
29. Véanse, por ejemplo, las reglas quinta a octava de discernimiento de primera semana [EE 318-321] que expresan muy bien algo que no es teórico, sino personalmente vivido por Ignacio en Manresa.
30. *Autobiografía*, 29.
31. *Autobiografía*, 30.
32. El contexto de esta afirmación lo encontramos en las reglas de discernimiento propias de segunda semana, en concreto la segunda de ellas, donde afirma la controvertida «conso-

- lación sin causa precedente». Se trata de una convicción personal. En el fondo es lo que a él le ha pasado en la ilustración del Cardoner. Y piensa que, aunque no se trata de «una gracia cualquiera», tampoco es «una gracia extraordinaria» reservada para «almas selectas». Es decir: a otros también les puede suceder. En cualquier caso, este tipo de consolaciones que solo pueden venir de Dios, no suponen un punto de llegada en el itinerario del peregrino (o del ejercitante) sino más bien un nuevo punto de partida que pedirá atención y discernimiento para seguir realmente acompañado por el deseo de Dios mismo.
33. Es interesante percibir como Ignacio propone al acompañante de *Ejercicios* acompañar tal vez como al propio Ignacio no le han sabido acompañar, a saber, ofreciendo escucha atenta, caminos, consejos, en definitiva «modo y orden» para que sea posible la comunicación inmediata de Dios con la criatura. A partir de ese momento Dios mismo será el primer y principal acompañante y el acompañante del proceso se retira prudentemente a la vez que permanece a disposición por si el peregrinaje de su acompañado –siempre amenazado de recaer en engreimiento o en pura subjetividad– precisa de un contraste objetivo desde fuera.
 34. Como dice GARCÍA HIRSCHFELD, Carlos (2004) en *Revista Manresa*, vol. 76, p. 125, «¿Qué acompañamos cuando acompañamos ignacianamente?: Dios es irremplazable. Esto es Principio y Fundamento en el lenguaje de Ignacio. Debe convertirse en una referencia permanente en la cabeza y en la sensibilidad de quien acompaña».
 35. Una bonita expresión de lo que Ignacio entiende por “ayudar a las almas” se encuentra al inicio de una carta de Ignacio dirigida a sor Teresa Rejadell, que le venía a pedir que tomara cuidado y acompañamiento espiritual de ella: «cierto que muchos años ha que su divina Majestad, sin yo lo merecer, me da deseos de hacer todo placer que yo pueda a todos y a todas que en su voluntad buena y beneplácito caminan. Así mismo de servir a los que en su divino servicio trabajan». *Obras completas de Ignacio de Loyola*. Madrid: BAC. 2ª ed., p. 624.
 36. EE 1.
 37. Compárese con lo narrado en la *Autobiografía*, 20.
 38. Compárese con lo narrado en la *Autobiografía*, 22.
 39. Compárese con lo narrado en la *Autobiografía*, 21. Los textos citados de la carta a Teresa Rejadell se encuentran en *Obras completas de San Ignacio de Loyola, op. cit.*, p. 624-627.
 40. Al respecto destaca en su relato su empeño contra viento y marea, a pesar de las diversas dificultades y trabas que aparecen por el camino, en llegar a Jerusalén y en quedarse allí (*Autobiografía*, 38-48).
 41. *Autobiografía*, 35.
 42. *Autobiografía*, 37.
 43. No es de extrañar que Ignacio acompañante de otros en los Ejercicios, les pida al iniciar el proceso la determinación de entrar «con grande ánimo y liberalidad, para que su divina majestad, así de su persona, como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad» [EE 5].
 44. *Autobiografía*, 41, 44.
 45. *Autobiografía*, 42.
 46. Cf. *Autobiografía*, 35.
 47. *Autobiografía*, 47, 50.
 48. *Autobiografía*, 50.
 49. Cfr. *Autobiografía*, 54.
 50. Cfr. Reglas de discernimiento para la primera semana, especialmente nº 325-327.
 51. *Autobiografía*, 54.
 52. «Se ejercitaba en dar ejercicios espirituales y en declarar la doctrina cristiana» (*Autobiografía*, 57).
 53. Cfr. EE 18.
 54. Son rasgos comunes del heterogéneo y en aquel momento fuertemente perseguido movimiento de los alumbrados, el ambiente más devoto que letrado, el acento en la interioridad sobre las prácticas exteriores, sus reuniones “cerradas” en pequeños conventículos, su rechazo hacia la vida sacramental y/o eclesial, su convicción de un Dios interior que les habita, ilumina y guía...
 55. En carta escrita al rey de Portugal Juan III (FN I,53).
 56. Cfr. *Autobiografía*, 65.
 57. Comentaba de él el P. Luis Gonçalvez de Camara, lo siguiente: «El modo de hablar del Padre es... con muy pocas palabras, y sin ninguna reflexión sobre las cosas, sino con simple narración, y de esta manera deja a los que oyen que ellos hagan la reflexión». Memorial, 227.

En esta dirección van también algunas de las anotaciones de los Ejercicios dirigidas a quien las propone [Cfr. EE 2,6,13].

58. *Autobiografía*, 67.
59. «Aquél por cuyo amor aquí entré, me sacará, si fuese servido de ello» (*Autobiografía*, 60); «no hay tantos grillos ni cadenas en Salamanca, que yo no deseo más por amor de Dios» (*Autobiografía*, 69).
60. «Daba cuasi en un mismo tiempo ejercicios a tres [...] éstos hicieron grandes mutaciones» (*Autobiografía*, 77).
61. Cfr. *Autobiografía*, 82.
62. Cfr. *Autobiografía*, 82.
63. Ignacio ha experimentado en carne propia que, «aunque es propio de Dios entrar, salir y hacer moción en el alma», lo hace sin forzar ni violentar, respetando los ritmos y situaciones de las personas. Por eso, cuando Ignacio ofrece los Ejercicios, tiene muy en cuenta la realidad de las personas. Sabe que a sus compañeros puede proponerles más que lo que podía ofrecer, por ejemplo, a las mujeres de Manresa [Cfr. EE 18].
64. FN IV p. 233.
65. M. GIULIANI (2006). *Acoger el tiempo que viene*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, nº 36, pp. 49-50.
66. Cfr. *Autobiografía*, 85.
67. Las expresiones en plural así lo indican: «habían decidido», «lo que iban a hacer», «volverían a Roma», «esperarían un año», etc. (Cfr. *Autobiografía*, 85).
68. *Autobiografía*, 85.
69. Cfr. *Autobiografía*, 92.
70. Cfr. *Autobiografía*, 95.
71. *Autobiografía*, 95.
72. *Autobiografía*, 54.
73. Cfr. *Autobiografía*, 96. Para el relato de Lainez, véase FN II, 133.
74. Véase el texto completo de la deliberación en MI serie Tertia, pp 1-7.
75. Llama la atención que en este proceso de liberación Ignacio no asume ningún liderazgo especial. Quien lidera, guía y acompaña es el Espíritu. El asunto que está entre manos es cosa de Dios. El método de la deliberación es también significativo. Sin dejar sus tareas cotidianas (acompañando a las almas), se dan más tiempo a la oración para intentar escuchar con más claridad al Dios acompañante en su interior hasta ir dando con una música que es común a todos y está más allá de todos, y que les hace experimentarse y sentirse compañeros en compañía. Estas tres dimensiones –acompañar, ser acompañado y en compañía– se retroalimentan unas a otras.
76. *Autobiografía*, 99.
77. M. Xav. I, p. 388.
78. Especialmente significativo al respecto es el episodio que hemos visto de Ignacio en Salamanca interpelado por los dominicos. Por un lado se niega a aceptar que no pueda ayudar a las almas, acompañar a otros en el adentramiento en el Misterio de Dios, por el mero hecho de no tener “letras suficientes” y, a la vez, tomará la decisión de estudiar en serio en París como manera de cualificar su acompañamiento, tal y como le requieren las autoridades eclesiales.
79. Precisamente porque Ignacio es consciente de estar aquí ante una cuestión trascendental, como la de consentir vivir la vida acompañado por Dios, entiende que se hace muy necesario el acompañamiento de un guía que ayude a que en el interior del acompañado resuene y salga a flote su verdad más profunda –para que sea más él mismo–, y a que este viva atento a lo que acontece en su interior (¡mociones y pensamientos!) y poder ponerle nombre. En otras palabras: se trata de ayudar a ir a beber a las fuentes interiores para dejar aflorar al Dios que uno lleva dentro para que se manifieste fuera. O, si se prefiere, se trata de dejarse ayudar por otro para captar el lenguaje del Otro que habla (acompaña) desde dentro conduciendo hacia fuera.
80. Algo parecido a lo que hace Jesús al llamar a los discípulos: los llamó «para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar» (Mc 3,14).

«Ayudar» es el verbo con que Ignacio de Loyola expresó modestamente su gran deseo de hacer el bien a los otros.

*Bajo este lema de servicio y sencillez,
la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES)
ofrece esta serie de materiales ignacianos.*

Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) Colección «Ayudar»

77. L. ESPINA. Ejercicios ignacianos acompañados por santa Teresa - 78. D. MOLLÁ. El «más» ignaciano: tópicos, sospechas, deformaciones y verdad - 79. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (5) - 80. C. MARCET - Releyendo nuestras vidas - 81. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (6) - 82. D. MOLLÁ. Pedro Arrupe, carisma de Ignacio: Preguntas y propuestas - 83. F. RIERA. Inmersión en la Manresa ignaciana - 84. D. GUINDULAIN. Atraídos por Dios. Cuarenta y nueve prácticas espirituales - 85. F. JALICS. La fase contemplativa de los Ejercicios ignacianos - 86. J. RIBALTA. Cartas para acompañar - 87. C. MARCET. Ignacio de Loyola acompañado, acompañante, en compañía

Los títulos de esta colección se pueden descargar de internet en: www.cristianismeijusticia.net/es/eides

La Fundació Lluís Espinal envia gratuitamente los cuadernos EIDES a quien los solicite. Si usted desea recibirlos, pídalos a Cristianisme i Justícia.

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria 13 - 08010 Barcelona
93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net